

al papa, y hoy se ven en la gliptoteca Vaticana. Halló el medio de dar al grabado interior aquel pulimento y brillo que forman el principal mérito de las piedras antiguas.

El Instituto arqueológico de Roma publica los grabados de las que se descubren nuevamente, cuyo trabajo está á cargo de Gades.

MUGNA, *Los tres Pichler*. Viena, 1844.

§ 145. FALSIFICACIONES.

El gran mérito de las piedras preciosas antiguas ha sido causa de que los modernos las hayan contrahecho, y así en los gabinetes como en el comercio se encuentra un exceso de ellas, que es muy difícil reconocer por falsas.

En el siglo XVI se señalaron en este particular el Milanes Francisco Visconti y Angelo Barone; pero posteriormente mostraron mayor perfección Neri, Kunkel, Gombert, Kalcunt, Dhern, Reifenstein, Lippert, Tassié, etc. Para llegar á aquel punto se necesita el estudio de la materia, de los asuntos, de la manera de trabajar: por ejemplo, los antiguos pulimentaban con esmero todas las partes de la figura; no conociendo la perspectiva, esculpian mas profundamente la figura principal, á fin de que sobresaliese mas en los grabados; mientras que los modernos saben mejor las leyes de la dióptrica. En mayor número se falsificaron los camafeos, y los caracteres físicos para reconocerlos son poco seguros: en los mas importantes, la regla preferible es la historia de su procedencia.

Los asuntos son, ó retratos, ó composiciones fantásticas, ó escenas de la mitología y de la historia de los tiempos, en lo cual á veces los falsificadores se equivocaron, y de este modo se vendieron á sí mismos. Las falsificaciones de los escarabajos egipcios fueron en corto número, porque abundaban demasiado y por el carácter nacional difícil de imitarse, como acontece también á los etruscos. Las inscripciones, que aumentan considerablemente el valor de las piedras, ayudan también á reconocer su autenticidad. Por lo general en las piedras etruscas indican el personaje, en las griegas el artista, en las romanas llevan el nombre del grabador ó del propietario; sirviendo de mucho en esta parte la inteligencia paleográfica.

§ 146. USO DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS. AMULETOS.

Los antiguos hacían grande uso de las piedras grabadas, ó atándolas en anillos ó formando con ellas collares, brazaletes, pendientes, hasta adornos del calzado, de otras partes del vestido y de los muebles. Heliogábalo tenía todo el calzado cubierto de piedras preciosas, y lo mismo el carro. Augusto regaló al templo de la Concordia en Roma una cornucopia de oro, con adornos de piedras grabadas. Verres robó el candelabro adornado de grabados y camafeos

que el rey Antiocho destinaba á Júpiter Capitolino. Se encuentran piedras preciosas de gran belleza en las paredes de los vasos sagrados. Había también vasos formados únicamente de la reunión de piedras grabadas.

Además se las empleaba á menudo como amuletos, esto es, como preservativos contra las fascinaciones, con figuras de dioses, manos enlazadas, serpientes, hojas sagradas é inscripciones de la clase de las que siguen: UTERE FELIX: από παντός κακούδαιμονος, de todo mal genio; εύτυχός πανοικί δ φέρων, sea feliz quien lo lleva. Grande argumento que prueba

La confusión en que la gente loca yacia, antes que subiera al patíbulo El Cordero de Dios que quita al pecado.

Uno de los amuletos mas hermosos es la piedra con Oro-Harpócrates en ambos lados, y la inscripción μέγας Ωρος Απόλλων Αρποκράτης εδίδου τῷ φερομένῳ. En los últimos tiempos representaron en ellos un gran papel las imágenes de la religión egipcia y del eclecticismo alejandrino, y las figuras matemáticas.

Ojos, piés, manos se trabajaban también dándoles un significado simbólico, y con objeto de que se ofreciesen á Esculapio. El cuerno de la abundancia era señal de prosperidad. El mutinus se colgaba del cuello de los niños para que su sueño no fuese turbado, y eran figurillas en varias actitudes, y á veces con una mano en la boca y otra en el ano.

Entre los amuletos mas comunes se contaba el Falo, símbolo expresivo de la naturaleza vivificante, y luego adoptado como preservativo.

Ponemos aquí la forma de algunos de los amuletos que se encuentran en los museos.



Abundan mucho en los sepulcros, especialmente etruscos, las pequeñas columnas fállicas, entre las cuales la mas famosa se conserva en el palacio Connestabili en Perugia, estriada, con una piña en el vértice, y erigida sobre una base

redonda, adornada de bajos relieves. Los Etruscos marchaban de acuerdo en estas ideas con el Asia Menor, donde las tumbas llevan por adorno el mismo símbolo. Á menudo se ve la figura de Falo en los monumentos y encima de las puertas, ora triple, ora adornado. El que está en lo alto de una casa de Pompeya, con el epigrafe *Hic habitat felicitas*, no parece indicar un lupanar, sino un buen augurio. Entre los Egipcios, no ménos que entre los Griegos, Romanos y Etruscos, se llevaban al cuello. Frecuentemente se le encuentra en los sepulcros, no solo toscanos sino también romanos, y abundan en obscuridades hasta los columbarios, cual se ve en el que se ha descubierto recientemente en la quinta Pamfili.

EWELE, *Veber Amulete*. Maguncia, 1827.

RICHARDSON, *Diss. on the amulets*.

ARDITI, *Il fascino, e l'amuleto contro il fascino presso gli antichi*. Nápoles, 1825.

KOPP, *Explic. inscript. obscur. in amuleto*. Eidelberg, 1832.

Todavía hoy se cree entre los Arabes que el llevar un rubí en el dedo preserva del miedo, del rayo, de la peste, y hace parecer mayor al que se lo pone; que si se le coloca debajo de la lengua, calma la sed y da fuerza contra el deseo de ahogarse; que la esmeralda ahuyenta los genios malignos, cura las mordeduras de las víboras, fortifica la vista; que la turquesa alivia los padecimientos de la agonía, la amatista los de la gota y del parto; que el cristal de roca aleja los malos sueños; que los ojos de gato resguardan del mal de ojo; que la ónix da melancolía y la cornerina fortuna.

§ 147. ABRAXAS.

Pocas antiguallas han tenido tantas explicaciones como las piedras denominadas *abraxas*, esto es, aquellas en que aparece la voz *ABRACADABRA* dispuesta del modo siguiente:

A B R A C A D A B R A
 A B R A C A D A B R
 A B R A C A D A B
 A B R A C A D A
 A B R A C A D
 A B R A C A
 A B R A G
 A B R A
 A B R
 A B
 A

No acabaríamos si quisiésemos referir todos los sueños que se han dado á luz sobre el significado de esta palabra. Ha habido quien la descompusiese en sílabas y quien en letras, aplicando á cada una su significado especial. Insertamos algunas suposiciones de las mas ingeniosas. Beausobre dice que se deriva de las voces *εββος* y *σωβ* el bello Salvador; Wendelin cree que las cuatro primeras letras son las iniciales de las voces hebreas אב בן ריה הקרוש (*Abben Ruah a kadosc*) que significan Padre, Hijo,

Espíritu Santo; y las tres últimas, de las voces griegas *σωτηρια από ξύλου*, salud por el madero. Sabiendo que este era el símbolo de los gnósticos basilidianos, sincretistas en la doctrina y en la creencia, no se extraña el que se quiera componer una voz de hebreo y de griego; el mal está realmente en que los basilidianos no admitían ni la Trinidad, ni la muerte expiatoria.

Es muy notorio que los Griegos indicaban los números por medio de letras; *ABPAΞΑΣ* ó *ABPAΞΑΞ* forman 365; y trescientas sesenta y cinco, según los gnósticos basilidianos, conformes en esto con los Egipcios, eran las inteligencias interpuestas entre nuestro mundo y el superior; así, pues, con tal número denotaban aquellos demonios, y consideraban como amuleto la voz que indicaba su totalidad. Esta interpretación se halla apoyada en el aserto preciso de San Ireneo, y en el uso conforme de los primeros siglos del Cristianismo. Así en el Apocalipsis tenemos en 666 como el número verdadero, y se explica con la palabra *Abadona*. *Νεῖλος* y *Μεῦραξ*, tan frecuentes, indican también el 365. *Haarez*, que escrito en hebreo se lee 296, es en el Talmud el jefe de doscientos noventa y seis armados que presiden al curso del sol.

Bellerman, y casi conformándose con él Münter, la suponen procedente del copto; en cuyo idioma *sadsch* quiere decir palabra, y los Griegos debieron escribir *σὰς* ó *σὰξ*; y *abrax* significa santo, adorable; de este modo resultaría la frase *palabra santa*; ó según Münter *palabra nueva*, trayendo su origen de *berre*. Pero no parece probable que esto pudiese formar el asunto de un amuleto.

Á veces con el nombre de *abraxas* y de piedras basilidianas se denotan algunas enteramente gentílicas, obra de magos y de astrólogos. En una procedente de Spon se lee: *ἰαω ἀβράξας ἄδωναι ἅγιον ὄνομα ἔχει δυνάμεις φυλάσσει οὐβρίαν παύσει τὴν ἀπό κακῶν δαιμόνων* (*Jaō Abraxas Adonai, sanctum nomen, dignæ potestates, servate Vībiam Paulinam ab omni malo dæmone*).

Otras veces se confundían símbolos paganos y cristianos; y en una se ve á Júpiter tonante, y en el reverso *ΙΑΩ CABAΩ*.

En algunos museos llevan también el nombre de *abraxas* ciertos idolillos místicos y gnósticos.

KIRKER, *OEdipus ægyptiacus*, t. II, pág. 2.

MACARIUS, *Abraxas, seu de gemmis basilidianis*. Ambrés, 1637.

PIGNORIUS, *Mensa Isiaca*. Amsterdam, 1669.

AUGUSTINUS, *Gemma et sculptura antiquæ depictæ*. Francfort, 1694.

MONTFAUCON, *Palaographia græca*.

Musæum Odescalcum, seu Thesaurus antiq. gemmarum á P. S. BARTOLO. Roma, 1751-52.

BEAUSOBRE, *Hist. du Manicheisme*.

BELLERMAN, *Ueber die Gemmen der Alten mit dem Abraxasbilde*, 1820.

MÜNTER, *Kirchliche Alterthümer der Gnostiker*.

MATTER, *Hist. critique du gnosticisme*.

TACCONI, *De tribus gemmis basilidianis*.

CREUZER, *Zur Gemmenkunde*.

§ 148. ANILLOS.

El uso mas importante de las piedras preciosas consistia en emplearlas para adornar los anillos. Estos eran un simple adorno, ó sellos. En los museos se encuentran anillos hasta del tiempo de las primeras dinastías egipcias. Ya en la Biblia tenemos que Júdas, hijo de Jacob, dió á Tamar su anillo, en prenda de lo prometido; y que Faraon puso el suyo en el dedo á José como señal de autoridad. En Homero se habla del sello por medio de grabados, pero no de anillos; sin embargo, en la época de Solon, se usaban con ricas piedras y tambien para sellos. Alejandro, despues de vencido Darío, adoptó para sellar un anillo de este. Augusto se valia al efecto de una cabeza de Alejandro, luego de la suya, como continuaron sus sucesores hasta Galba, que substituyó un perro tendido en la proa de un buque. Ciceron dice, que reconoció una estatua de Escipion Africano por el anillo; y entre los Romanos el sello (*symbolus*) tenia aquella importancia de que goza entre nosotros la firma.

Los Griegos llamaban á los anillos *dactylíoi*, y *sfragis* á la materia en que se grababan caracteres y figuras. Antiquísimo es el uso de llevarlos en los pulsos. Los Mauritanos, segun San Agustin, se los ensartaban en las narices, y los Etiopes en los labios, segun San Diodoro, como hoy continúan ejecutándolo los salvajes. Las mujeres los llevaban en el tobillo (*periscelidi*), á veces con cascabeles. En los museos hay hebillas que se destinaban á impedir las satisfacciones sexuales. A los gladiadores se ponian anillos en los brazos á fin de aumentar la fuerza de los músculos.

Los brazaletes atléticos son un anillo de bronce ó de cobre de 3 á 7 pulgadas con lazos. Hoy se encuentran en el cráneo de los cadáveres, ó junto á la mano derecha, ó aislados en el terreno, y todos al extremo septentrional del Agro pretusiano en el Piceno. Eran antiquísimos: se empleaban en los juegos gímnicos, quizá arrancándoselos de las manos, y el vencedor los llevaba en la cabeza. (*Bol. de la Hist. arqueol.*, mayo de 1842.)

Los mas comunes eran los anillos de los dedos. Los primeros Romanos los usaban de hierro; luego se concedió á los senadores el privilegio de tenerlos de oro, extendiéndose esto en seguida á todos los patricios; despues fué distintivo de los caballeros; mas adelante de los oficiales superiores del ejército, pero continuaron vedados á la plebe hasta que el derecho se equiparó. Variaron en cuanto al uso, á la materia, á la forma, al número; y aunque prefiriesen llevarlos en el dedo anular de la mano izquierda, el excesivo lujo hizo que se los pusieran no solo en todos los dedos, sino tambien en todas las falanges, exceptuando el dedo del medio. (PLINIO, *Hist. Nap.*, XXXVII; MARCIAL, *Ep.* V, 11.) Hubo anillos de verano y

de invierno; se adornaban profusamente con ellos las efigies de los dioses, ya fuesen gigantes, ya penates; por cuya razon existen de gran tamaño y muy reducidos. Los hay que solo pesan una onza; pero otros son tan grandes que es imposible sirviesen para ponérselos en los dedos, y se cree eran votos ofrecidos á los dioses. Isidoro (XIX, 32) distingue los anillos *unguli*, que tenian una piedra preciosa engastada; los *samotraci*, en los que se sobreponia á un círculo de oro un cordon de hierro, y los *linni*, todos de oro. A veces eran vacíos, y en lo interior encerraban amuletos ó memorias, y frecuentemente veneno. Llevaban tambien moetes, como BONAM VITAM: Χαίρε Κόρη χαίρε: AMOTE, AMA ME: VITA TIBI: PIGNUS AMORIS HABES: HOSPITA FELIX VIVE: φῶς μὲν θείον (*lux mia Teane*).

Con el anillo, ademas de la condicion, se expresaba el estado del alma, y despues del oprobio de las Horcas Caudinas, ninguno usó el anillo de oro; ni aun cuando Augusto murió. Dejábanse asimismo cuando se suplicaba ó era alguno acusado. El que se regalaba á la desposada en el acto de contraer los esposales era de hierro, segun dice Plinio, y de oro, si creemos á Tertuliano. El *annulus natalitius* se presentaba por los clientes al patrono en su *compleannos*. En los de sellar (*annuli signatorii*) se hacia grabar una letra, un símbolo ó un retrato, y á veces á la imágen iba unido el nombre. Aquel signo se denominaba *symbolus*, y á menudo es semejante al de las monedas, porque no solo individuos, sino ciudades y Estados tenian sellos; y así los emperadores sellaban con el propio tipo de las monedas. Estos sellos eran de dos clases: cóncavos para grabar en cera ú otra materia dúctil, y en relieve para señalar vasos, tejas, ó poner nombres, monogramas y firmas á las cartas. Los últimos eran en su mayor parte oblongos. El anillo de Salomon, como el de Gíges y otros, pertenecen al arte mágico y divinadorio, y en Grecia y Roma se usaron mucho.

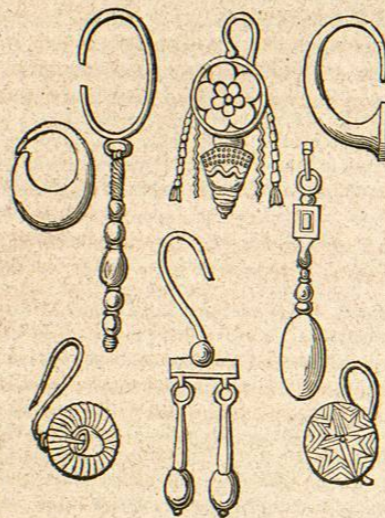
FR. DE CORTE, *Syntagma de annulis, sive tractatus annularis, de annulorum origine, virtute ac dignitate*. Ambéres, 1706.

Los anillos servian tambien para otras cosas; por ejemplo, para sostener las cortinas de las camas, ó los que los Griegos y los Romanos destinaban al a torno de sus habitaciones (*annuli velares*). Á los esclavos se les ponía un anillo de hierro ó de bronce en el muslo ó en la pierna; á los malhechores en el cuello, y lo mismo á los siervos fugitivos. En los de estos últimos habia una inscripcion. TENE ME QUIA FUGIO, ET REVOCA ME DOMINO MEO BONIFACIO LINARIO, se lee en un collar explicado por Pignoria.

§ 149. PLATERÍA, MUNDO FEMENINO.

Tocador de una dama romana.

Esto nos conduce á hablar de los demas adornos, que constituyen el mundo femenino. Antiquísimo es el uso de los pendientes. En ellos el anillo era de oro, y de bronce para los menos ricos; se ven algunos como las figu-



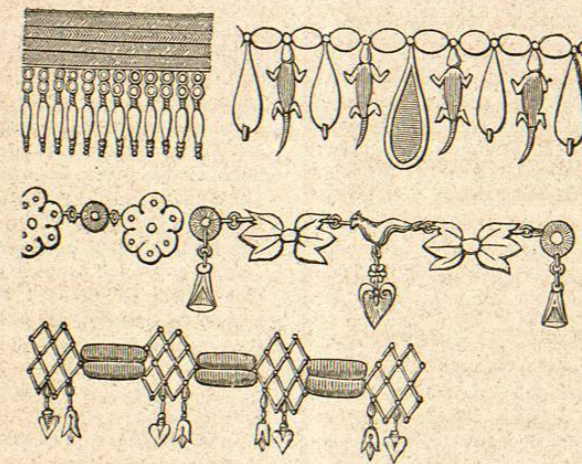
ras que hay en la presente viñeta, copiados del Museo Británico. Se les añadian joyas de varias clases, siendo las mas estimadas las perlas, á veces de dos ó tres gotas, como las que se pone Juno en la Ilíada. Las perlas costa-

ban triple que el oro, y se compraban en las orillas del Golfo Pérsico y de Trapobana; sin embargo, los Romanos se adornaban con ellas la cabeza, el cuello, los brazos, las sandalias, prodigándolas hasta en sus lechos y en las proas de las naves.

Habia una camarera destinada á los adornos de las orejas (*auriculæ ornatric*: GRUTERO *Inscript.*). La Vénus medicea y otras estatuas tienen el lóbulo de las orejas agujereado; y es probable fuese porque llevaban zarcillos, ó porque se las adornaba con ellos en las solemnidades, cuando era costumbre llenar el idolo de joyas.

Tenian tambien forma rica y variada los collares. Los mas sencillos eran los *monilia bacata*, de cuentas ensartadas, cuales se ven á menudo en pinturas antiguas, y se encuentran en las momias egipcias, de cilindros alternando con cuentas.

De las figuras que trascribimos mas abajo, la superior á la derecha está copiada de la colección egipcia del Museo Británico, con lagartijas de oro y gotas alternadas. La de la izquierda representa parte de un collar hermosísimo encontrado en Santa Águeda, cerca de Nápoles, en una tumba con setenta y un pendientes, unidos por una especie de cadenilla de Venecia. Las otras fueron sacadas de sepulcros etruscos por el príncipe de Canino, y hoy están en el Museo Británico. Un collar que adquirió el Museo Borbónico en 1837, con peso de tres onzas, está formado de una cadenilla, de la cual pende una serie de flores, veintiuna mascarillas de Silenos, veinte bellotas pequeñas,



y treinta y ocho flores parecidas á azucenas. Otras veces se les daba la forma de serpientes, ó se ponian en ellas piedras preciosas de todas clases, en particular esmeraldas. Se consagraban algunos muy ricos á Minerva, Vénus y otras diosas.

De las excavaciones de Cuma en 1856 salió una cajita en la cual habia los aderezos de adorno femenino, que antiguamente se habria llamado *nartnekion*, y que hoy llamamos *necesario*, ó sea, pequeño mueble de viaje. Es de madera y de marfil, con llave y cerradura de

bronce; y el tiempo echó á perder la montura, tanto que solo quedan los metales. Tiene un espejo de cobre, y la empuñadura de bronce dos manecillas de oro de filigrana; un anillo de oro; una pequeña cajita de hueso para el afeite; dos alfileres de hueso para los cabellos; un peine de marfil; un huso y otras varias menudencias de hueso. Fué puesta en el gabinete del conde de Siracusa.

Bottiger describió el *Tocador de una dama romana*; y vamos á extractar su descripción para que se forme idea del lujo de aquellas mujeres.

« El sol que, habiendo pasado apenas el solsticio de verano, marca los días mas largos del año, ha trascurrido ya en su viaje cotidiano la cuarta hora, cuando Sabina se despierta. Con lánguida mano se frota los ojos y bostezo en silencio. La miga de pan mojada en leche de yegua, con que se untó la cara al acostarse, para conservar morbido y liso el cutis, habiéndose secado durante la noche, dan á su rostro el aspecto de una máscara de creta, acá y allá rajada; además de que, junto con los vestidos, se habia quitado las cejas, los dientes y los cabellos.

Al conocido crujir de los dedos acude Smaragdi. La matrona baja del lecho, apoyada en el brazo de las doncellas; pasa al próximo gabinete, donde una multitud de esclavas la están aguardando; encarga á una que guarde la puerta, y le advierte cuáles son los mercaderes, adivinos ó portadores de cartas que deba introducir; para el resto de las visitas un permanece en la cama. ¿Qué mujer consentiría en dejarse ver por ojos profanos, despojada de todos sus atractivos?

Tan pronto como Sabina entró en el gabinete, las esclavas, destinada cada uno á distinto oficio, ponen manos á la obra. Llega primero el escuadrón de las cosméticas, que blanquean el cutis, le dan color, ponen dientes, pintan las cejas y alisan la piel. Habiendo nacido las mas en oscuras aldeas latinas, tienen nombres griegos; las pomadas mismas no encontrarían aceptación, si no fuesen presentadas en vaso griego con rótulo también griego. Escañone, llevando en la mano una copa llena de leche de yegua acabada de ordeñar, baña suavemente con la esponja la miga seca extendida por la cara, la va separando poco á poco, y lava y limpia el cutis diligentemente. En seguida Fiale le aplica albayalde y arrebol; pero antes de dar principio á esta delicada operación, la esclava respira junto á una lámina de metal muy pulimentada, que Sabina olfatea al momento, á fin de conocer si el aliento de la doncella está sano y perfumado por las pastillas que ha mascado ex profeso; pues Fiale se sirve de la saliva para desleír el colorette, aplicarlo y extenderlo por las mejillas de su ama. Entretanto Stigmi está pronta con una concha de galena de plomo pulverizado y disuelto en agua, mezcla semejante á hollín; y con un pincelito, despues que Fiale ha concluido, tiñendo las cejas de Sabina, le da alguna cosa de lo que Homero elogia en Minerva, cuando la apellida *ojos de vaca*. Le sucede Mastique, á la que incumbe el cuidado de los dientes: lleva muchos en una cajita de plata, y los coloca en las encías de su ama, asegurándolos con hilo de oro á los pocos que á aquella restan.

Una vez Sabina acicalada, lustrosa, adornada de dientes blancos y de cejas negras, despide á las cosméticas y llama á las peluqueras, que aquel día han de robar hasta dónde llega su destreza y mérito. Es el 18 de julio, día de la revista solemne de los caballeros: la matrona debe asistir á ella

desde un balcon de la via Sacra; Saturnio la acompañará.

El rojo es el color de moda para las cabelleras. Sabina, que los tiene castaños, estaba casi resuelta á afatarse la cabeza y usar peluca, adquiriendo una de las costosísimas con cabellera sicambra que del otro lado del Rhin traen á la famosa modista del Velabro; pero Nape ha descubierto pocos días antes, en la tienda de un perfumista galo en el Circo máximo, una pomada de nueva invención: conviene primero lavarse el pelo con agua de cal, luego frotarlo con aquel unguento, y por último, secarlo al sol. Sabina se ha sometido el día antes á tan incómoda operación, y está impaciente por que se le quite la cofia para ver el efecto. « ¡Qué hermoso rojo! ¡La aurora no tiene mas vivas llamas! » exclaman á porfia las esclavas. Sabina se sonríe por complacencia, y se sienta triunfante en su silla de brazos. Calámide con un hierro caliente le riza el cabello sobre las sienas y la frente; Preca la perfuma con preciosas esencias; á Cipáside, graciosa Mora, está confiada la mayor faena, que consiste en atar atrás la trenza elegantemente y ponerle el alfiler. La trenza está ya atada; pero ¿qué alfiler pondrá? Es preciso que adivine el gusto de la señora. Sabe que ama á Saturnino; no ignora las reuniones amorosas del templo de Isis; elige, por lo mismo el alfiler que tiene dos cuernos, símbolo cabalmente de la luna y de Isis: la matrona marca su aprobacion con una sonrisa. Á la pobre Latride le toca el oficio peor; cual es el de presentar por este ó aquel lado el espejo; adorno magnífico de luciente y pulidísima plata, con cornisa de oro y estuche delicadamente cincelado.

Clio ha acudido, anunciando que la florista egipcia Glicera pide permiso para entrar. Es introducida al momento, acompañada de dos esclavillos etíopes, que llevan cestos en la cabeza. En uno de ellos hay claveles, narcisos, azucenas, rosas entretrejidas con ramitos de mirto; pero Sabina apenas mira estas flores, pues le agradan mas las artificiales de oro y plata que contiene el otro cesto. Dentro viene una corona que se llama de Isis, porque es parecida á á la que usan los iniciados en los ritos de la diosa; Sabina la coge y lee las siguientes palabras, bordadas en la cinta con caracteres griegos: *Vida mia, alma mia*; galantería de Saturnino, á que se prestó la complaciente Glicera. Pero Espátolo se presenta á turbar la alegría de la matrona, anunciándole que las dos pequeñas cornucopias de plata, donde estaban las frutas de cera artificiales, han sido arrojadas al suelo en el aposento vecino por la mona, y echadas á perder. Clio se pone pálida, pues habia dejado la puerta abierta; pero Sabina, á quien la florista habia puesto de buen humor, no se irrita; al contrario, pretende ver en lo acaecido un funesto presagio: despide á Glicera, y dice á Clio que le desembolse doscientos sestercios.

La matrona no ha permanecido ociosa durante el diálogo con la florista: ha dado cima al ligero edificio del peinado, sin que aplicase esta vez alfilerazos en el seno ó en los brazos de Calámide, ni rasguños en las mejillas de Paseca, como á menudo acontece; pues las matronas están dominadas, mientras dura su tocador, por caprichos crueles; y acostumbradas á presenciar los combates de los gladiadores, á deleitarse con la sangre vertida, y á ver desde la infancia imponer á los esclavos bárbaros castigos, desahogan con las infelices doncellas que las circundan la cólera que experimentan por los siniestros de su vanidad ó de sus amores. Las esclavas en tales días, aunque posean la destreza de la Grecia, pagan la culpa del mal humor de sus amas: desnudas, como de costumbre, hasta la cintura, ofrecen ancho y doloroso campo á los rasguños, á los mordiscos, y sobre todo á los al-

filerazos que la cólerica matrona les aplica en los brazos ó en los pechos. A menudo el castigo que la matrona queria se impusiera á la sirvienta se cometa al esclavo sotacómitre (*lorario*): la desgraciada era suspendida de los cabellos y azotada hasta que el ama decia *basta*.

Volvamos á Sabina que ha alargado la mano á Carmione para que le corte las uñas, y que en aquel momento se acuerda de haber oído decir á un médico hebreo, que mezclando las cortaduras de las uñas con cera, y pegándolas á una puerta extraña, se alejan muchos males; llama de consiguiente á Latride para que reuna aquellas cortaduras. La pobrecilla, que recordaba en aquel momento, sumida en dulce abstraccion, los felices días de su adolescencia, que habia pasado en Éfeso, su patria, salta austada al oír pronunciar de repente su nombre, y deja caer el estuche cincelado. Sabina, á la vista de esto, se pone en pié como una furia, y abalanzándose á la doncella, la golpea con toda su fuerza. La fortuna de Latride es que no tiene uñas; pero en cambio la muerde, hace brotar su sangre; y peor parada hubiera quedado, á no llegar dos pajecillos de rubia y rizada cabellera, vestidos de finísimo lino egipcio, con el desayuno. Uno de ellos trae una vasija dorada en que se oye el ruido que forma el agua hirviendo; el otro tiene en la mano derecha ocho higos en un cestito de plata, y en la izquierda una caja con dos copas y una botella de vino de Chipre. Sabina acostumbra echar en el vino algunas gotas de agua hirviendo, segun la prescripción del médico Arquigenes.

Sin embargo, la llegada de los pajes no hubiera salvado quizá á Latride, si el estóico Zenotemi, filósofo de la casa, no se hubiese precipitado anhelante en la habitación. Es calvo; hasta la cintura descende su desaliñada barba; cubre sus hombros una capa raída; la camisa de lana deja descubiertas sus piernas vellotas, y en vez de calzado lleva una plancha de madera sujeta con cuerdas. Este discípulo de Zenon está impaciente por presentar á Sabina la prole que acaba de dar á luz la perrita maltesa; trae además á la familia perruna en un seno de la capa; y ¡cuán grande es la alegría de la matrona al saber que su mirrina, tan acostumbrada á no ladrar sino á los importunos y al marido, se encuentra bien despues del parto! ¿Quién no se reiría al ver el lindo animalillo sacar el hocico fuera del sayo del filósofo para lamerle la larga barba, no sé si por gratitud, ó porque olfatease algun resto de la comida del día anterior! ¿Quiere el lector que le digamos de qué manera el estóico se ha convertido en comadron de mirrina? Al volver de la quinta Campana, Sabina encargó á Zenotemi que cuidase durante el viaje á la perrita; cuando llegó á Roma, le hizo saber que á él la fiaba hasta que pariese, y que le abasteciera de hígados de ganso y de pastillas de sésamo para la parida. Zenotemi, que era gloton, se alegró de que se le encargase la custodia de mirrina, con intencion de apropiarse aquellos ricos bocados y tenerla á saludable dieta. Ahora acudia cabalmente lleno de gozo á presentar la lechigada perruna á la matrona, la cual le dijo: « Te doy el mas hermoso de estos higos, si me improvisas un epigrama sobre este fausto acontecimiento. » El Griego, sin titubear, le contestó: « Cuando la linda mirrina estuvo próxima á parir, Diana corrió en su ayuda á aliviarse los dolores, pues la diosa no acude solo á invocarla las mujeres: acordándose de lo mucho que ama la caza, se interesa vivamente por las madres de los braceros y de los lebreles. »

La llegada de Zenotemi, las noticias de que es portador y las caricias de mirrina prolongan el desayuno. Sabina, queriendo recuperar el tiempo perdido, niega la entrada á Gratidione, cuyo oficio

especial es referir todas las mañanas las nuevas que circulan por la ciudad. En cambio Droso, la guardaropa, es llamada; y al oírle preguntar si debe traer la túnica de las franjas de oro, ó la de los recamos de perlas, Sabina se dirige á Cipáside en estos términos: « ¿Qué dictámen es el tuyo? » La Mora responde modestamente: « ¿Quién osará aconsejarte, siendo, como eres, modelo de las damas romanas, en punto á buen gusto? Sin embargo, ¿no dijiste, al enviar el otro día aquel collar de perlas á Saturnino para que adornase el pretal y la cabezada de su caballo de parada, que llevarías una guarnicion por el estilo el día de la revista? » La matrona manda á Droso que traiga la túnica de las perlas. Cipáside acerca una aljófaína de plata, y baña con leche los dedos de su ama; Nape le alarga un lienzo; pero Sabina llama á uno de los pajes, y se enjuga los dedos en los rizos brillantes de su cabellera.

Entretanto Droso ha ido en busca del vestido: acompañémosla á las habitaciones inferiores, y atravesemos con ella vastos solones, donde esclavos de ambos sexos se ocupan en artes y oficios diferentes: en la primera estancia hay mujeres que hilan y tejen telas; en la segunda están las costureras; en la tercera las bordadoras; la última es la de la guardaropa.

Es costumbre que las Romanas se presenten en público uniformemente vestidas, con el traje llamado por lo mismo matronal, el cual, á excepcion de las franjas inferiores de púrpura ó de oro, es todo blanco, de lana ó de seda. La sola distincion licita consiste en dar á este blanco el mayor realce posible, habiéndose inventado prensas para hacerlo de mezclilla, y formando ondas. Exige además la moda que se dispongan con sumo cuidado los pliegues; y al efecto vemos en derredor tantos instrumentos grandes y pequeños. En los armarios que cubren las paredes de la estancia, están guardados los adornos y la ropa blanca de Sabina. Tiene túnicas de todos colores que usa de noche, cuando disfrazada de cortesana ó de liberta, recorre las calles de Roma. Droso, al poner el pié en el guardaropa, grita que se le dé la túnica de las perlas, y una esclava le lleva al momento aquel vestido, que espere los mas gratos olores.

Sabina se ha puesto la camisa de tela de algodón con mangas cortas: Cipáside le sostiene el seno con una faja; Droso presenta la túnica, tejida de lana de Mileto, con mezcla de algodón; las mangas, que le cubren la parte superior del brazo, están abiertas á lo largo por delante, y sujetas á los puños con broches de oro: de color de púrpura y de dos dedos de ancho es la faja que indica en torno del seno el borde de la túnica, bajando á circunscribir la falda.

Adelántase entonces Espátolo, encargado de custodiar las joyas, con el cofrecito abierto. Cipáside ha cogido el triple collar de perlas, que es el mas precioso de los que aquel contiene; el nombre de que va acompañado aumenta su valor; pues los Romanos no se contentaban entonces con ver sus mesas cubiertas de tazas murrinas ó de oro, ó incrustadas de piedras preciosas, si no pueden probar, mediante algun árbol genealógico, que tal copa procede en línea recta de Néstor, ó que Dido sirvió de beber en ella ó en otra á Eneas. Por su parte las matronas se muestran disgustadas de sus brazaletes y collares, si el joyero no les hace ver que pertenecieron á alguna heroína extranjera, cuando ménos á la esposa de un Seleuco, de un Tolomeo, de un Mitridates, de un Heródes. Sin embargo, ninguna reina oriental ha dado tanto que hablar de sí, ni despertado en los Romanos tanta admiracion y piedad como Cleopatra; de ninguna tienen las matronas tanta vanidad en poseer joyas como de la hermosa amiga